

Primeramente, con ayuda de Russell, Peirce, Bergson y James, se exploran las posibilidades de unas preguntas fundamentales; estudiando la Filosofía no como un fundamento para respuestas definitivas, sino como un arranque correcto para preguntas fundamentales; suponiendo que no se trata de un estado mental adecuado para la Filosofía, sino de concretar la situación verdadera en que uno puede formularse preguntas filosóficas; no ateniéndose a ordenar ciertas ideas recibidas, sino tratando de trascenderlas en una intuición superadora; esperando poder conocer la verdad mediante el reconocimiento del error.

A continuación penetra en la delimitación de una Filosofía Natural del ser humano, examinando la posibilidad de obtener una referencia clara entre el pensamiento y el mundo. Así procede de la mano de Whitehead (no puede haber existencia separada localmente, puesto que todo el universo penetra en la naturaleza de cada realidad), la objetividad del mundo de Sartre (pues la propia determinación nunca podría conseguir que el mundo procediese de la propia acción), el papel activo del mundo sobre la vida personal (según el pensamiento de Dewey, para quien el mundo tiene una subjetividad derivada de su capacidad de afectar inteligiblemente nuestra vida), y según la idea de Marcel de que la objetividad de la persona resulta más comprobada cada vez, según se va advirtiendo la imposibilidad real de una comunidad humana homogénea.

Las conclusiones de esta perspectiva se concretan en diálogo con varios autores. La tentación de Engels, que pensaba que el hombre podía convertirse plenamente en sueño de su propia organización social, se enfrenta con el reconocimiento, en Martin Buber, de que todo saber último incide sobre la realidad del «hombre con hombre» (la intersubjetividad humana), y con la deficiencia de las expresiones humanas subrayada por Ayer cuando afirma que hay proposiciones de pura razón independientes de toda experiencia, y por Jaspers cuando escribe que el pensamiento humano debe percibir cosas que están más allá de toda razón.

A. SÁNCHEZ DE LA TORRE.

KNOLL, August M.: *Katholische Gesellschaftslehre. Zwischen Glaube und Wissenschaft*. Europa-Verlag, 1966. 136 págs.

Esta obra póstuma del profesor vienés se mantiene en la misma línea de su *Katholische Kirche und scholastisches Naturrecht* (1962) (cfr. la reseña de S. Alvarez Turienzo en *AFD*, 12 [1966], 498 y sigs.): la de la crítica ideológica. Con ello no se sienta un prejuicio, ya que el autor de estas líneas fue llevado al conocimiento de Knoll por un amigo suyo, y también austríaco, Ernst Topitsch, conocido crítico de la ideología que cree implícita en el teorema «derecho natural» (cfr. *Das Problem des Naturrechts*, en *Naturrecht oder Rechtspositivismus?*, edic. W. Maihofer, 1962, 159-177) y continuador, en este tema, de la línea trazada por Hans Kelsen. Estamos, pues, ante una «cuestión austríaca», tanto más agudizada cuanto que Knoll inició su producción científica con un estudio sobre

Vogelsang, y que fue en los años veinte secretario del canciller federal austríaco monseñor Seipel, introducido, pues, hasta el tuétano en un catolicismo «comprometido», «encarnado», parece haber sufrido una crisis intelectual a raíz de la incorporación a estructuras concretas (las de la corta experiencia del corporativismo, antesala del nacionalsocialismo) de la «doctrina social católica». En el terreno de la crítica nos parece, sin embargo, que no va más allá del radical estudio de otro autor austríaco, Ernst-Karl Winter (*Die Sozialmetaphysik der Scholastik*, Wien, 1929). El libro de Knoll es, en este sentido, puro manierismo.

Por todo ello queda el libro muy vinculado a un ámbito concreto, a una polémica concreta, que parte de los titubeos y negligencias en las formulaciones del siglo XIX, que van de un catolicismo integral a un catolicismo liberal, al abstraccionismo de la corriente iniciada en este siglo en Mönchen-Gladbach. La trama de la exposición reposa en un punto de vista dominante: el dualismo que ineludiblemente existe entre teología y sociología. O con las mismas palabras del autor: «La doctrina social católica sigue el principio, tan importante para la política y para la pastoral, de que todo lo que *in sociologicis* no se opone a la forma y estructura de la Iglesia católica es católico. Un orden social católico «en sí», un ideal social católico «en sí», no existe en la Iglesia. Hay multitud de órdenes sociales, de ideales sociales que pueden ser católicos» (pág. 46). Cuando banaliza el alcance de las declaraciones de la Iglesia en este terreno, al asimilarlas a un «marco sin cuadro», se vislumbra hasta qué punto se cree dogmática la metafísica implícita en la base iusnaturalista de las declaraciones eclesiásticas en este terreno. Es cierto que hoy los teólogos morales quieren prescindir a toda costa de la hipótesis iusnaturalista en sus tratados y acercarse más al testimonio bíblico. También es objeto de crítica todo el arranque metafísico implícito en los temas del «orden», «fin», «bien común». Estos, sin embargo, no pueden reducirse a elementos integrantes de una ideología. Ni el derecho natural es estrictamente «profano», ni tampoco es un «dato revelado». La dificultad estriba en detectarlo entre esos dos extremos. Reducir el problema a cuestión ideológica es ir demasiado lejos. Algo así como el contrasentido de querer vaciar una papelera arrojando papeles y recipiente. Con la crítica ideológica no se hace sino trasladar el problema.

JUAN JOSÉ GIL CREMADES.

Munich, Alemania.

LIENHARDT, Godfrey: *Antropología social*. Fondo de Cultura Económica. Méjico, 1966. 280 págs.

El hecho de que el libro se haya escrito de modo sencillo y claro para los profanos en la materia no disminuye el valor de sus interesantes conclusiones. La tarea que emprende Lienhardt en esta obra, que podríamos llamar de introducción a la moderna Sociología antropológica, es lograr una síntesis de lo que debe ser su contenido, así como el de desenmascarar los prejuicios y errores en que incurrieron los pensadores del